

EXALTACIÓN A NUESTRA SRA. DE LA ENCARNACIÓN



A cargo de nuestro hermano

Domingo Díaz Arévalo

interpretaciones musicales por la

Agrupacion Musical Ntra. Sra. de la Encarnacion

Viernes 22 de marzo de 1996 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



EXALTACIÓN
A
NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

DOMINGO DÍAZ ARÉVALO

22 de marzo de 1996



Sevilla no tiene igual
pues Sevilla es diferente
y teniendo el mismo sol
éste le da más calor
al corazón de su gente.

No es la Giralda ni el parque
ni sus fuentes, ni su río
es algo que está presente
suspendido en el ambiente
en sus viejos y en sus niños.

No es su luna, ni su tarde
la noche, ni la mañana
es algo que está en sus calles
y que se lleva en la sangre
pues Sevilla es mariana.

Quisiera en primer lugar agradecer a todos los que han hecho posible que hoy les hable desde este atril, la oportunidad que me brindan de poder exaltar esta noche, desde este templo a nuestra Madre de la Encarnación.

Gracias a Luis Arjona y a la Junta de Gobierno de nuestra hermandad por el honor que me habéis concedido. Gracias, Pascual, por tus inmerecidas palabras hacia mí.

Siempre, al pregonero, en el último momento le asalta la duda, de si habrá sido capaz de plasmar en unos folios sus sentimientos cofrades; el amor a Dios y a su Madre Bendita y a las vivencias sentidas y recordadas en 34 años de hermandad. Pero sosiega el hecho de que la tinta empleada en la escritura de los mismos, haya sido confeccionada con la devoción y escrita bajo los dictados del amor a nuestros titulares.

Quisiera me permitieran dedicar esta Exaltación de la Santísima Virgen de la Encarnación, en primer lugar a mis padres que durante tantos y tantos años compartieron en El Campo de los Mártires penas y alegrías en hermandad con sus vecinos de casa, calle y barrio.

A todos los amigos con los cuales compartí mi niñez por sus viejas calles.



A los ancianos del asilo de San Benito para que pronto regresen al amparo físico de nuestra Madre Bendita.

A todas esas mujeres, madres, esposas, hermanas y novias que en cada estación penitencial son nuestra silenciosa ayuda en los momentos de necesidad.

A todos los miembros de nuestra hermandad que acompañan cada año a nuestras imágenes por las calles de Sevilla o desde la atalaya del cielo.

Y por último a todos los fieles y feligreses de nuestra parroquia que viven en el amor a nuestra Virgen Santísima de la Encarnación.

A finales de los años 50, el barrio de la Calzada obrero y trabajador, vivía entre los pregones musicales de afiladores callejeros, y en sus plazuelas la algarabía infantil de partidos de fútbol interminables con aromas de pan con aceite.

En ocasiones estos se veían interrumpidos ante la presencia de las Hermanas de los Pobres que pasaban por sus calles, produciendo una estampida infantil en pos de besar el crucifijo que pendía de sus hábitos.

La vida cotidiana transcurría en casas de vecinos, donde como una sola familia se compartían las alegrías y también las penas de sus habitantes. En las noches de verano mientras los niños jugaban en la calle, los mayores compartían tertulia en sillas de enea hasta avanzada la medianoche. En ocasiones la asistencia de los niños a los cines de verano, con la consiguiente visión de los héroes de ficción, llenaban las calles del barrio de infantiles ejércitos romanos con espadas de madera o también de regimientos montados en caballos imaginarios que deambulaban a su antojo por las alegres calles. La radio y sus novelas vespertinas eran punto de unión del vecindario. Desde los primeros meses del año, los programas sobre nuestra Semana Santa llenaban las frías noches de invierno. La Hermandad de San Benito, pese a sus esfuerzos, era una pequeña gota de agua en el océano cofrade de Sevilla. Un niño vecino del Campo de los Mártires, concretamente de la casi desaparecida calle Lictores, sentía esa sana envidia cofrade de los niños sevillanos. Fruto de ese sentimiento, surgió un poema, escrito por la infantil devoción, dedicado a nuestra Madre de la Encarnación. Ese niño es quien hoy les habla y aquel poema que refleja la hermandad de aquellos años hoy ve la luz por vez primera:



Virgen de la Encarnación
eres una estrella clara
con tus lágrimas sangrientas
por tu hijo derramadas.
Muchas personas te aclaman.

Se queda la gente en silencio
una saeta le cantan
se oyen voces del cielo
la voz de Jesús que habla
y dice, y dice llorando
¡Ahí va mi Madre del Alma!

No le hacen falta joyas
pulseras, collares, ninguna alhaja,
Ella solo desea, la voz de Jesús que habla
y dice, y dice llorando
¡Hay va mi Madre del Alma!

Los cirios ya apagados
los de Ella aún brillaban
por el puente de Carmona
bajando por la explanada.

Está entrando en su templo
muy despacito, de espaldas
para mirar a sus fieles
con su cara pura y Blanca.

Cada vez vienen más gentes
a verle, a verle la cara
mas lo único que ven
son esas lágrimas sangrientas por el hijo derramadas
y un puñal clavado en el pecho.
En el pecho de su amada.

Sin apenas darnos cuenta y acompañada de aromas de azahar, llegaba
nuestra inigualable Semana Santa, donde los perfumes del incienso y la flor
del naranjo, convertían a Sevilla en un gran templo impregnado de un arco
iris de aromas primaverales



En este templo sevillano, la devoción cofrade revoloteaba nerviosamente de barrio en barrio, sintiendo momentos y vivencias irrepetibles, en una sucesión descronológica y maravillosa de la pasión, crucifixión y muerte de Jesucristo.

Esto lo vive el sevillano de una manera especial que solo nosotros entendemos plenamente y que forma parte de nuestra manera de ser; la devoción, la alegría, la pena, el canto por saetas; el sentir cada año en una esquina cualquiera, ese pellizco que nos conmueve el alma ante la presencia de un Cristo crucificado, o ese frío que recorre las entrañas y nos altera la piel al paso de una Virgen Dolorosa. O quizás, esa maravillosa sinfonía de sonidos del pisar de los costaleros en la fría noche de la madrugada de Sevilla.

Momentos en suma de nuestra Semana Santa, que aunque vividos, cada año, son tan nuevos como la diaria pasión y muerte de Jesús. Momentos que el sevillano comparte con sus hijos desde la más corta edad, asegurando así la continuidad de la nueva savia cofrade sevillana.

En la Semana Santa de 1962 (que conservo en mi recuerdo como si fuese ayer), Nuestra Santísima Virgen de la Encarnación estrenaba un manto carmesí y oro, y yo conciencia plena de lo que siente un cofrade de Sevilla. Tuve la enorme dicha de ser aceptado como miembro de nuestra querida hermandad. Todos conocemos la inmensa ilusión con la que cada nazareno sevillano espera, sueña y vive cada una de las estaciones penitenciales que se realizan en nuestra Semana Santa. Aquel Martes Santo de imborrable recuerdo sería mi primera estación penitencial, acompañando al Santísimo Cristo de la Presentación y a nuestra Madre, la Santísima Virgen de la Encarnación. Aquella misma tarde aprendí de una sola vez y al mismo tiempo, que son el, gozo y la pena cofrade.

A la hora fijada para la salida del templo de San Benito, llovía copiosamente, se retrasó la salida a la espera de que cesara la lluvia, mas como esta circunstancia no se produjo, la Junta de Gobierno decidió no efectuar la estación penitencial.

Esto supuso para mi mente de niño tal decepción, que aún la tengo viva en el recuerdo y hace que cada año viva la Semana Santa con más intensidad y amor a Dios y a su bendita Madre.



Por vez primera María
me cobijaba tu manto
mas los ángeles del cielo
al mirar tu desconsuelo
tornaron en lluvia el llanto.

Al salir de nuestra iglesia, la tristeza ocupó mi corazón y el llanto contenido a duras penas afloró a mis ojos. Desolado y triste lloraba sin cesar, cuando una cálida mano se posó en mi hombro; al mirar a través de mis lágrimas pude ver a un viejo nazareno de San Benito que así me hablo:

Para ser un buen cofrade
un cofrade de Sevilla
hay que llevarla en el pecho
y también en las pupilas.

Hay que buscarla en el templo
por plazuelas y avenidas
y en la garganta solo un grito
¡Bendita Virgen María!

Para ser un buen cofrade
un cofrade de Sevilla
hay que, ver un paso de Cristo
al doblar por una esquina.

Y respirar el incienso
que nos regala la brisa
cuando brillan las estrellas
con la luna en la retina.

Para ser un buen cofrade
un cofrade de Sevilla
tú querrás ser costalero
bajo la cera encendida.

El tiempo se irá rompiendo
entre unas manos amigas
cuando sientas el recuerdo
¡Bendita Virgen María!



Para ser un buen cofrade
échale amor a la vida
y deja el alma que vuele
por el cielo de Sevilla.

El que les habla pertenece, como muchos de vosotros, a ese grupo de emigrantes urbanos que, debido al deterioro urbanístico del barrio, tuvimos que marcharnos lejos de él dejando nuestro corazón prendido en el rosario bendito de la Madre de la Encarnación.

Cada Martes Santo ,poco después del amanecer, el barrio de la Calzada como un imán cofrade, recibirá la visita de los habitantes de sus antiguas y algunas desaparecidas calles, que aunque hoy vivan lejos del barrio, dejaron en sus callejuelas, plazas y patios, parte de su vida y toda su niñez. Llevaron con ellos un inmenso amor y una profunda devoción por sus benditas imágenes, Santísimo Cristo de la Presentación, Santo Cristo de la Sangre y la Virginal Madre de la Encarnación. Amor y devoción, forjados en la unión entre la pobreza de la hermandad de aquellos años y la necesidad del barrio. Juntos habían compartido todo, incluso inundaciones que les habían afectado gravemente en varias ocasiones.

Son esos Martes Santos en que la Virgen de la Encarnación, asoma a las puertas del templo de San Benito e ilumina con su luz áurea todo el barrio de la calzada. El sol en sus contraluces difumina los perfiles y estalla en mil colores que adornan el cielo sevillano.

El beso mil veces repetido de las bambalinas a los benditos varales de su palio, producidos por el tenue andar de los costaleros, nos ofrecen una sinfonía celestial y cofrade que nos anuncia que Nuestra Madre, otro año más, estará con el barrio de la Calzada

Su barrio entre rezos dice a la Virgen de la Encarnación:

Virgen de la Encarnación
por Sevilla coronada
refugio de paz y amor
Madre del Hijo de Dios
y reina de la Calzada.

Elegida por el cielo
como Madre del Divino



concebiste sin pecado
aquel del cielo enviado
para enseñar el camino.

Eres Madre cielo y tierra
el sueño y el despertar
la Madre del Dios del Cielo
eres la paz y el consuelo
del barrio de la "Calzá".

Nuestra Madre acoge bajo su manto a todo el que precisa amor y consuelo, pero sobre todo a esos ancianos que padeciendo el calvario de la soledad y la ausencia familiar, cuidan con abnegación esos ángeles terrenos que son las Hermanas de los pobres. Esos ancianos esperan año tras año que la Santísima Virgen les reconforte y bendiga una vez más.

Virgen de la Encarnación
posa tu mano en mi sien
acógeme con tu manto
y enjuga Madre tu llanto
que soy tu Hijo también.

Madre, llévame contigo
hasta los celestes cielos
solo quiero tu cobijo
pues solo me siento hijo
siendo yo, padre y abuelo.

La Virgen les sonríe con amor y duda entre quedarse con ellos un rato más, o seguir en pos del Hijo que Poncio Pilatos presenta al pueblo.

Un Hijo que con humildad y resignación baja sus ojos al suelo esperando un destino que redimirá a toda la humanidad.
El barrio habla a Pilatos:

No lo azotes mas romano
no acrescentes su dolor
que aunque baje la mirada
y la humildad esté en su cara
éste, éste es el Hijo de Dios.



Seguirá su camino muy lentamente pero con firme andar en busca de un imaginario puente de amor que lo llevara hacia Sevilla.

Mientras tanto, la Calzada flora su pena en silencio, viendo al Santísimo Cristo de la Sangre mostrar su crucifixión por las calles del barrio y desde el firmamento un ángel celestial nos dice:

Que no sufra más Sevilla
porque así lo quiso Dios
que Jesús fuera humillado
y en la cruz crucificado.
¡Qué gran ejemplo de amor!

Su Madre, la Santísima Virgen de la Encarnación, acude presurosa al encuentro de su Hijo y un llanto amargo aflora a sus ojos, viendo sufrir al Hijo de Dios. La Virgen pasea su amargura por las calles sevillanas, con un rosario de lágrimas sobre su cara, presintiendo lo que ocurrirá más tarde y que conocía con certeza, desde el momento en que por obra del Espíritu Santo, y los designios de Dios, engendró a su hijo.

Fueron suyos los designios
y en mi cuerpo se engendró
su palabra se hizo carne
hoy lloro como una Madre
aunque sea el Hijo de Dios.

Su barrio llora con ella, compartiendo el dolor de la Divina Madre, ante el sufrimiento y la humillación padecida por Jesús; dolor y sufrimiento que redimirán a toda la humanidad del pecado y que son padecidos por nuestra causa cada día por el hijo de Dios.

A todos los sevillanos nos gustaría ser pañuelo y poder secar sus benditas lágrimas, a coro consolarla y llenarla de amor. Mecerla en nuestros brazos, como esos costaleros que despacio y armoniosamente no quieren romper, ni alterar el memento mágico en que el llanto de la Virgen sobrecoge los corazones.

Bendita entre las benditas
en la tierra y en el cielo
el barrio de la Calzada



ve sus lagrimas en tu mirada
y quisiera ser pañuelo.

Cuando el horizonte de la ciudad se viste de rojo y violeta, el sol se esconde lentamente la lejanía, dando paso a un cielo que se adorna con multitud de estrellas que iluminan a Sevilla. La Virgen de la Encarnación abandona la Calzada y se adentra en las calles sevillanas con su inmensa pena, mientras Sevilla sufre.

Ya en la noche y sobre las paredes Martes, la figura de Jesús Crucificado se mostrara más patética aún, clavado en una cruz que las sombras agigantan por las calles de Sevilla.

Una cruz se dibujaba
sobre las paredes frías
una Madre sollozaba
Sevilla entera lloraba
cuando la noche caía.

Era de azahar el aire
y fue el incienso suspiro
Monte Calvario las calles
la cera lloraba sangre
cuando pasó Jesucristo.

Miré al Cristo de la Sangre
y me llene de dolor
y en aquel preciso instante
perdió el color su semblante
y hasta el cielo se elevó.

Después de que nuestra Madre recorra las calles de la ciudad, acompañada de la devoción y el amor de los sevillanos, la Virgen bajo la fría noche y por estrechas calles regresa a su barrio, Sevilla dice con tristeza.

Nos la trajeron las sombras
se marcha de madrugada
una Madre bondadosa
flor más bella que las rosas
Encarnación coronada.



Una vez en el barrio se consuela al reunirse nuevamente con su Hijo Divino.

En la madrugada, mientras las estrellas del cielo montan guardia sobre la Calzada, un nazareno de San Benito en la soledad del templo así le habla a la Madre:

Madre mía de la Encarnación
ahora que nadie escucha lo que te cuento
ahora que nos invade la oscuridad
que los sones de marcha, llegan de lejos
a solas en el templo te quiero hablar.

Que la Calzada vuelve a ser lo que era
que sus calles se llenan de soledad
con aromas de flores y primavera
yo que tanto te quiero ¡Te quiero más!

Te quiero Madre
cuando a tu templo, vengo a verte y rezar
Te quiero Madre
cuando te canto con toda la hermandad
Te quiero Madre
al ver tu cara ilusionada al verme.
Y me buscas con la mirada y siempre
siempre me llenas de consuelo
Porque he venido de muy lejos Madre
por lo que te quiero a ti.

Te quiero Madre
cuando tus pasos rompen la madrugada
Te quiero Madre
cuando las horas ya no quieren pasar
Te quiero Madre
al ver tu imagen como transparente
con esos vivos que te dan la gente
entre alegrías y entre llanto
por esas cosas que tú sabes, Madre
yo te quiero tanto a ti.



Cuando llegó la luna , que tanto brilla
y el viento los varales movió al pasar
nos dieron un concierto tus bambalinas
que nunca mi Sevilla, podrá olvidar.
Cuando el frío despierte, al pasar las horas
me tendré de este sueño que despertar
y cuando en San Benito , te quedes sola
yo me iré murmurando...
¡Te quiero más!

A finales de los años 60, comenzó el auge de la Hermandad de San Benito y al mismo tiempo el declive del barrio; sus cosas antiguas se fueron resintiendo ante las frecuentes inundaciones y el paso del tiempo. Muchos nos vimos obligados a emigrar tristemente a otras zonas de Sevilla.

Cómo olvidar la mirada de Nuestra Madre , La Santísima Virgen de la Encarnación en nuestras visitas al templo; una mirada de ternura mezcla de dolor y gozo, como solo una madre puede mirar al hijo ausente . ¡Que alegría en su cara! ¡Que brillo en sus ojos! ¡Que dulzura en su mirada!

Quizás fuera esta separación la causa de que el amor a Ntra. Virgen creciera en la distancia, amor, devoción y respeto que fuimos inculcando a nuestros hijos, nuestra familia y nuestros amigos.

Se multiplicó el número de hermanos y la cofradía en la calle daba fe de respetuosa devoción a nuestros titulares. Titulares a los que en el año 1967 se sumo para efectuar la Estación Penitencial a la Santa Iglesia Catedral, el Santísimo Cristo de la Sangre, bendecido por el recordado cardenal Bueno Monreal, y tallado por Francisco Buiza a imagen y semejanza del Dios del cielo.

La Calzada rompe Madre
en un llanto desgarrado
se tornó de gris la tarde
pasa el Cristo de la Sangre
en su cruz crucificado.

El martes Santo de 1971, el cielo bajó a la Calzada, para admirar el momento sublime, de la bendición de una corona que portaría La Virgen de la Encarnación en su Estación Penitencial.



Corona forjada con las aportaciones de un barrio obrero y el esfuerzo colectivo de la Hermandad. Aportaciones en las que los habitantes del barrio y los emigrantes del mismo, aunaron esfuerzos y grano a grano construyeron los cimientos para la realización de una corona para Nuestra Bendita Madre.

Se alearon en su confección oro, sueños, devoción, admiración, anhelos, generosidad y sobre todo amor.... mucho amor hacia una madre generosa que nunca pidió nada y siempre fue, es y será, refugio y consuelo de nuestras alegrías dolores y penas.

Pena que aquella tarde de Martes Santo, sentimos todos los que tuvimos la suerte de vivir aquel momento sublime, que una pertinaz lluvia intentó impedir. pero, creedme hermanos, al posarse la corona en las benditas sienes de la Virgen de la Encarnación, en ese instante, al cruzar mi triste mirada, con la mirada de la Madre de Dios llena de humildad y dulzura, pensé por un momento que fue la Virgen misma quien pidió al cielo que desatara la lluvia para compartir aquella tarde con su barrio y sus ancianos.

Los capirotos mojados
las capas blancas, moradas
el corazón destrozado
la tristeza en las miradas
y unas lagrimas nerviosas
que bajaban por la cara.
Elementos desatados
en el centro de la Calzada
toda su gente a su lado
la sonrisa en su mirada
y fue el instante soñado
que nos estremece el alma.
Sola la Virgen y el barrio
su gente la rodeaba
el altar que era su palio
y una madre ilusionada
pues de amor la coronaron
esa tarde en la Calzada.

Esa tarde se produjo una sublime comunión de la multitud en el amor, hacia una Madre Virginal e Inmaculada, que tuvimos la dicha de vivir en las calles de nuestro barrio. Estos sentimientos íntimos, cristianos,



fervorosos, cofrades y únicos, arraigaron en nuestros corazones de tal manera , que los que lo presenciamos nos convertimos en apóstoles sevillanos , alabando la dulzura , la pureza , la humildad y la generosidad de una Madre sin pecado , la Madre del amor , la Madre de Dios , la Bendita Virgen de la Encarnación. Esos sentimientos y sensaciones, salidos de lo mas profundo de nuestra alma y lo mas puro de nuestro corazón, forjaron una devoción por la Santísima Virgen de la que la Hermandad de San Benito, siguiendo los dictados de la Madre divina de Dios, da fe en sus Estaciones penitenciales, dejando de ser una hermandad de barrio para convertirse en San Benito, la Hermandad del barrio de la Calzada.

Esa fe y esa devoción en la calle y en nuestros corazones, sembradas por nuestra Madre y labradas por el mismo Dios del cielo, se extendió por Sevilla y sobrevolando sus calles, se posó en cada torre, cada calle, cada fuente y cada puente, en suma en todos y cada uno de los rincones de Sevilla.

Aquella semilla fue dando sus frutos y el amor a la Santísima Virgen de Encarnación se extendió por toda la ciudad. Amor que maduró a través de los años alentado por esa Madre Dolorosa y consoladora que el mismo Dios nos envió para bendición y gozo del barrio de la Calzada.

Desde hace más de 30 años tengo el honor de pertenecer a esta Hermandad, y al mirar hacia atrás me digo: ¡cuanto ha cambiado todo! Quien no recuerda aquel barroco, multitudinario y peligroso reparto de papeletas de sitio en la calle San Benito, en unas escaleras estrechas y de baranda nerviosa, que amenazaba cada día de reparto con irse al suelo. Hoy disponemos de una magnifica casa de Hermandad, abierta a todos los hermanos que quieran compartirla, donde cada rincón es recuerdo, devoción veneración, amor y respeto a nuestros Santísimos Titulares.

Recuerdo, devoción veneración, amor y respeto, de los cuales cada momento del día y cada Martes santo tenemos que dar fe y ejemplo por las calles de Sevilla, llenando de Espiritualidad nuestra Estación Penitencial.

Sevilla, ciudad sensible y observadora, escrupulosa en sus tradiciones, ha visto como nuestra Hermandad demuestra cada año por sus calles, que el número de nazarenos no esta. reñido con la compostura, ni la capa con el respeto, ni el color de una túnica con el amor a Dios y a la Santísima Virgen.



Amor que Sevilla refrendó cuando en la tarde inolvidable del 25 de Marzo del año 1994, Fray Carlos Amigo Vallejo anuncio en este templo de San Benito, la Coronación Canónica de la Virgen de la Encarnación, como culminación del año Internacional de la Familia y reconocimiento de los infinitos valores que como Madre de todo el orbe cristiano representa la Virgen que encarna en sus entrañas benditas al Hijo de Dios, nuestra Santísima Virgen de la Encarnación

En el aplauso atronador e interminable que siguió al anuncio de fray Carlos Amigo Vallejo, se mezclaron el fervor, la devoción, la alegría y el amor de una ciudad cristiana, mariana y cofrade, con el de un barrio que postrado a sus plantas alzó sus ojos al cielo, alabando a Dios y su Madre Bendita.

Días más tarde, cuando el Martes Santo Nuestra Señora de la Encarnación hizo su entrada en la campana, se vivieron unos momentos cofrades tan profundos, que su recuerdo sobrevivió al paso de los años.

A los sonos de una marcha interminable y una no menos interminable "chicota" de nuestros hermanos costaleros, el paso de palio de Nuestra Madre se volvió etéreo y el cielo se volvió más cercano a Sevilla. Mientras, del celeste, una lluvia de pétalos de Mores mecidas por la suave brisa, perfumaron de primavera el homenaje de amor que la Sevilla cofrade ofreció a Nuestra Madre Bendita de la Encarnación homenaje que se extendió a todo el discurrir de Ntra. Santísima Virgen por las calles sevillanas, hasta su regreso al barrio de La Calzada.

Un barrio, una hermandad y una ciudad entera que comenzaron de inmediato los preparativos del Magna acontecimiento que constituiría La Coronación Canónica de Ntra. Madre de la Encarnación.

Cuantos meses de trabajo anónimo, cuanta ilusión, cuanto esfuerzo colectivo y cuanto amor y devoción en el esfuerzo. Que lentas y que deprisa caían coma fruta madura las hojas del calendario, como las olas del mar fue un querer y no querer, el sueño y el despertar esperando aquel bendito día que:

Amanecía en la Calzada
Se abrieron los ciclos
descendieron los ángeles
entraron al templo.



Se abrieron las puertas
sonrió un momento
la brisa besaba
aquel rostro bello.

Suenan las campanas
todo queda quieto
solo se oyen trinos
todo está en silencio.

Los sonos de marcha
rompen el momento
y llueven las flores
desde el mismo cielo.

Aromas, perfumes,
los llantos, los rezos
ya estaba en la calle
ya estaba con ellos.

alegría cofrade
con recogimiento
coma la Calzada
siempre supo hacerlo.

Y la Madre Virgen
que bellos momentos
el sol llegó tarde
y no pudo verlo.

Sevilla esperaba
se formó el cortejo
la Virgen contenta
ya marcha a su encuentro.

Suenan villancicos
sonos, cantos, rezos
lloraba la Madre
lloró de contento.



Y Sevilla alegre
sus calles fue abriendo
para que pasaran
la Virgen y el pueblo.

Y cruzó su puente
de amor era hecho
con los corazones
y con los anhelos.

Y dieron las doce
la salve fue rezo
ay la Virgen Madre
qué bellos momentos.

Siguió su camino
hacia aquel gran templo
bajo la Giralda
esperaba el pueblo

Y no quedó sola
que estuvieron ellos
dándole compañía
en cada momento

Y llegó el gran día
y todo fue cielo
y la coronaron
de amor y de sueños.

Con una corona
que ciñió a su pelo
hecha por orfebres
con amor del pueblo.

Y lloró la Virgen
y lloró el lucero
y lloró el celeste
lloró el terciopelo.



Lloraba la cera
y lloraba el fuego
lloraban las piedras
y lloraba el templo.

Lloraban las calles
lloraban los viejos
lloró el corazón
lloró el firmamento.

Y lloraba el río
lloraba el incienso
lloraban los lirios
lloro el parque nuestro.

Lloró la alegría
Lloró el sentimiento
lloraba hasta el llanto
y lloró el silencio.

Lloraba la luna
y lloraba el sol
lloraba la pena
y lloró el amor.

Lloró la Giralda
y lloró Santa Ana
lloraba Sevilla
y lloró Triana.

Y llegó la noche
Sevilla fue templo
la brisa perfume
de flores e incienso.

De amores las calles
el instante sueño
un sueño cofrade
y Sevilla el cielo.



Y la Virgen Madre
con rostro risueño
bendijo a Sevilla
y a todo su pueblo.

Llegó a la Calzada
visitó a sus "viejos"
recorrió sus calles
en un sueño eterno.

Alumbró la noche
sus brazos se abrieron
acogió a los suyos
en su santo pecho.

Sonrió la Virgen
reía el lucero
reía el celeste
reía el terciopelo.

Reía la cera
y reía el fuego
reían las piedras
reía su templo.

Reían las calles
reían sus "viejos"
reía el corazón
reía el firmamento

Y reía el río
reía el incienso
reían los lirios
reía el parque nuestro.

reía la alegría
reía el sentimiento
reía hasta el llanto
reía el silencio.



Reía la luna
y reía el sol
reía la pena
y reía el amor.
Reía la Giralda
y reía Santa Ana
reía Sevilla
y reía Triana.

Como describir aquellos momentos, como explicar los sentimientos íntimos y personales ante la experiencia cristiana y cofrade vivida ¿Qué sentimos en el momento mismo en que se abrieron las puertas de San Benito y apareció radiante la reina y Madre de la Calzada? ¿Acaso no creímos por un instante que los pétalos de flores lanzados desde la torre de la iglesia mientras reían las campanas, venían del mismo cielo?

¿Que sensación ver despertar a Sevilla al paso de la Santísima Virgen por sus calles acompañada por la devoción y el respeto de un barrio, ¿quien no escuchó el trino de los pájaros mientras de la lejanía llegaban sonos de villancicos? ¿quien al mirar a la Bendita Madre a los ojos , no dejó escapar una lágrima por sus mejillas? en suma ¿quien no sintió en algún momento que se conmovía lo más profundo de su alma?

La Santísima Virgen de la Encarnación marchaba hacia la Catedral con la humildad de la Madre , con la dulzura que solo la pureza di a la mirada y con la tristeza de haber dejado su barrio : pero no estuvo sola , en los días que la Santa Iglesia Catedral fue su casa, la Calzada estuvo constantemente con Ella dándole calor y compañía. Llegó el gran día y Sevilla se engalanó como ella sabe hacerlo en las grandes ocasiones... y esperó impientemente.

Desde las primeras horas de la mañana , el barrio de la Calzada se vistió de Domingo y con la alegría en el corazón marchó por las calles de Sevilla al encuentro con la Madre Inmaculada de la Encarnación. El amor profundo que las gentes del barrio sentían hacia la Santísima Virgen, forjados a través de tantos años de devoción mariana, se traducían en una sublime satisfacción que iluminaban sus rostros.

La Sevilla cofrade abarrotaba la Santa Iglesia Catedral y sus corazones rebosantes de expectación, estallaron de gozo cuando la superiora de las Hermanitas de los Pobres y un anciano del asilo de San Benito entregaron



la corona de amor, con la que la Iglesia Católica, por manos de nuestro Arzobispo Fray Carlos Amigo Vallejo, coronaba a la Reina de la Calzada, la Virginal Madre de la Encarnación, como Madre de Sevilla, Madre de la Iglesia y Madre Bendita de Dios. En aquel instante las campanas de la Giralda cantaban, la ilusión reía y el amor lloraba, Sevilla entera fue un clamor y el templo el cielo.

La ciudad, impaciente, esperó el momento de ver pasear por sus calles a la Virgen de la Encarnación Coronada. A la puesta del sol se abrió la Puerta de San Miguel y cuando apareció la Madre Bendita, el cielo sevillano se convirtió en flor, Sevilla se perfumó de primavera temprana, se postró de rodillas al paso de la Virgen Inmaculada y se rindió a los pies de esta Madre humilde y generosa, ofreciéndole un inolvidable homenaje de amor y devoción. Fue una sucesión de marcha y "chicotá", de rezo y de canto, de risa y devoción, de amor y gozo cofrade entre incienso y azahar; de vivir y de anhelar la vuelta a un barrio que esperaba impaciente el regreso de su Madre Bendita. Bajo la suave brisa de la noche sevillana, cuando el parpadear de las llamas de los cirios de su paso en la lejanía, fue anuncio de su presencia, el corazón del barrio de la Calzada tembló de emoción y comenzó a vivir un sumo interminable y eterno, que ha quedado prendido para siempre en todas y cada una de las viejas calles. El celestial concierto de sus bambalinas, el aroma de incienso a su paso, el perfil de su rostro reflejado en las frías paredes del barrio, bajo la madrugada sevillana su mirada serena, su humilde sonrisa, su profundo amor de Madre; la Madre y la Calzada, la Calzada y la Madre de la Encarnación.

Cercano el amanecer la Santísima Virgen cruzó las puertas del templo de San Benito y dirigiéndose hacia el altar fue al encuentro de su hijo para compartir con Jesús su alegría. En aquel preciso instante, el tiempo se paró en la Calzada y afloraron los recuerdos de las vivencias sentidas en tantos años de amor compartidos momentos para recordar las sensaciones cofrades de tantas Estaciones Penitenciales, momentos para recordar a tantos y tantos hermanos ausentes, que con toda certeza estarán sonriendo desde el balcón de los cielos, vivencias de "chicotás" interminables en nuestro añorado puente, recuerdos en suma de tantas y tantas cosas vividas por un barrio y una hermandad donde siempre había estado presente la Reina del cielo y la tierra, la Virgen Bendita de la Encarnación.

Mientras , la noche tocaba a su fin y los primeros rayos de sol rompían la bruma por las calles sevillanas, la ciudad comenzó a despertar y sorprendió al barrio de la Calzada que de esta manera rezaba a su Virgen Santísima de



la Encarnación.

Son dos luceros tus ojos
y tus manos azucenas
eres el faro que brilla
por las calles de Sevilla
Virgen Santa, pura y buena.

Eres sol y eres estrella
luna noche tarde y día
Madre del Dios de los cielos
refugio, paz .y consuelo
nuestra pena y alegría.

Nuestra risa, nuestro llanto
nuestra vida y nuestras manos
oeste, sur, este y norte
el cielo y el horizonte
de todos los sevillanos.

Eres principio y eres fin
eres raíz y semilla
eres clavel y eres rosa
Virgen que ríe y solloza
Madre de toda Sevilla.

Eres la luz y las sombras
la esperanza y los anhelos
eres el fuego y el agua
eres del amor la fragua
en la tierra y en el cielo.

Eres planta, tallo y hoja
eres espina y la flor
eres calor y eres frío
eres lago y res río
remanso de paz y amor.

Eres tristeza e ilusión
eres rezo y eres canto
la alegría y el dolor



Madre y Reina del amor
que nos cubre con su manto.

Eres presente y pasado
eres futuro y eres siempre eres
Virgen que ha llevado
concibiendo sin pecado
al mismo Cristo en tu vientre.

Siendo Virgen, fuiste Madre
siendo Madre, Inmaculada
Y para llorar tu pena
escogiste Madre Buena
al barrio de la Calzada.

He Dicho.